

var. Entre otras, le prohibió severamente que saliese de su celda, y la entrada de cualquiera persona en ella. Encargó al mismo tiempo á uno de sus discípulos que le llevase todas las semanas un cántaro de agua, y que se retirase inmediatamente sin decir una sola palabra.

Allí pasó Anastasia veintiocho años consagrados al ayuno y á una oración casi continua, siendo de presumir que tuviese que sostener duros combates con los enemigos invisibles. Alcanzó sobre ellos grandes victorias, y Dios, siempre bondadoso con las almas que le son fieles, recompensó sus trabajos con gracias particulares, y entre otras muy señaladas, la de darle á conocer la hora de su muerte. En su consecuencia, dió aviso al abad Daniel, á quien Dios se lo habia también revelado. Vino éste á la celda de la Santa acompañado de su discípulo, le administró el santo Viático, y recibió su último suspiro. Su misma celda le sirvió de sepultura, y el abad Daniel refirió á su discípulo y á otros padres del desierto su historia, para que conociesen las maravillosas operaciones de la gracia divina sobre las almas, y animarles á glorificar á Dios y á aprovecharse de sus celestiales dones.

Ya hemos hecho mención de otras santas, que ocultaron su sexo, tomando hábito de monjes. Hay otros muchos ejemplos entre los orientales; pero estas acciones deben considerarse como sobrenaturales é inspiradas por un movimiento extraordinario del Espíritu Santo. Esta conducta, por admirable que sea, no debe proponerse como modelo, ni es permitida ordinariamente, y se halla condenada por algunos concilios.

SAN ANASTASIO EL SINAITA Y SU DOCTRINA ESPIRITUAL

Hubo en los siglos sexto y séptimo tres célebres personajes, que llevaron el nombre de Anastasio. El primero fué patriarca de Antioquía en 561, y murió en 598 ó 599. El segundo, llamado el Joven, le sucedió, y fué asesinado por los judíos en 609 ó 610, en una sedición, que excitaron contra los cristianos. El tercero es el Santo de que aquí hablamos, que no fué obispo, sino sacerdote y monje del monte Sinai, de donde le viene el sobrenombre de Sinaita.

Se ignora si nació en Siria ó en Palestina; pero no puede negarse que recibió una educación muy esmerada, pues además de los primeros elementos de la doctrina cristiana, se le enseñó á adorar con profundo respeto á nuestro Señor Jesucristo, como á Dios todopoderoso, Criador del universo y esplendor del Padre celestial. Cuando leía ú oía leer el santo Evangelio, lo hacía con la misma fé y atención que si oyese la voz del divino Maestro. Recibíale sacramentado con los mismos sentimientos de amor y de veneración que si lo tuviese en sus brazos, y contemplaba sus imágenes, cual si lo tuviese presente.

Estas buenas disposiciones le movieron á abrazar la vida religiosa, y para consagrarse con más libertad y perfección al servicio de Jesucristo, entró en un monasterio, en el cual cumplió tan fielmente los deberes de la vida cenobítica, que en poco tiempo hizo maravillosos progresos en la piedad. Llevado de su fervor, visitó los sagrados

lugares de Jerusalem, lo que prueba que su monasterio se hallaba distante de esta ciudad. Deseoso de hacer una vida más austera que la que hasta entónces había practicado, aunque lo era mucho, pasó á los solitarios del monte Sinai, cuyas virtudes arrebataron su corazón, y le aficionaron á la soledad.

Se aplicó principalmente á una obediencia ciega y á servir á todos sus hermanos, lo que hacía con tanta humildad, que los religiosos atribuyeron á estas santas prácticas los maravillosos dones de ciencia y de sabiduría con que Dios le enriqueció tan abundantemente, y que fueron para los demás un manantial de instrucción y de edificación.

En efecto, el espíritu de Dios que residía en él, y que le destinaba á confirmar á sus hermanos en la fé, en un tiempo en que las iglesias de Oriente se hallaban turbadas por la heregía, no le dejó ocioso. Anastasio, por sus consejos particulares, por sus vivas exhortaciones, por sus públicas discusiones y por sus escritos, llegó á ser el azote del error, la antorcha de la verdad, el apoyo de los ortodoxos y el consuelo de la afligida Iglesia.

El sagrado carácter de sacerdote, de que se hallaba investido, le dió más autoridad y crédito, para defenderla contra los acéfalos, herejes procedentes de los eutiquianos, y divididos en diferentes sectas, que se habían extendido por la Palestina, la Siria, la Arabia y el Egipto, en donde causaban grandes desórdenes y pervertían a muchas almas. Para combatirlos, verificó varios viajes á estas provincias, y sobre todo á Alejandría, á donde fué llamado por el patriarca Eulogio.

Como tenía un profundo conocimiento de las sagradas Escrituras y de las obras de los santos Padres, y no ignoraba tampoco los artificios de los herejes, los atacaba siempre con grandes ventajas, y ninguno podía resistir á la

fuerza de su celo y de sus razonamientos. La primera regla que observaba, y que recomendaba muy encarecidamente á todos los que quisieren disputar victoriosamente con los enemigos de la fé, era conservarse siempre en una vida pura é inocente, para que sus corazones sirviesen de morada al Espíritu Santo, y fuesen ilustradas sus inteligencias con sus celestiales luces. Cuando entraba en disputa con ellos, explicaba con definiciones claras y distintas el sentido de los términos que se empleaban, con el fin de evitar todo equívoco, y les concedía todo aquello que no afectaba á la fé, para fijar con toda precisión el punto de la controversia, y para que no eludiesen la fuerza de sus razonamientos con sutilezas y subterfugios, como hacen de ordinario, cuando no pueden rebatirlos. Procuraba que no se saliesen del asunto que se cuestionaba, y no permitía que pasasen á otros, hasta que aquel estuviese suficientemente dilucidado. Les exigía ordinariamente confesiones sobre los puntos de doctrina, las cuales no podían rehusarle sin manifestar la impiedad de sus dogmas: les obligaba á suscribir estas confesiones, y de ellas partía, hasta hacerles caer con su habilidad en manifiestas contradicciones: confirmaba despues sus asertos con pasajes de la sagrada Escritura y de los santos Padres, consiguiendo de esta manera derrotar á sus adversarios y reducirles á silencio.

Este método lo explica extensamente en un libro que compuso sobre la manera de disputar con los herejes, y que lleva por título *Hodegos* ó Guía, en el cual hace constar el buen resultado que él mismo sacó de él. Celebró con ellos muchas conferencias en Alejandría, tanto en particular como en público, en presencia del patriarca, de todo el clero y de personas muy distinguidas. Los acéfalos, los severianos y los teodosianos, que formaban otras tantas ramas de la herejía de Eutiques, pero divididos entre sí en

diferentes puntos de doctrina, se reunieron contra él, y le opusieron los más sabios y hábiles para la controversia, entre otros á un tal Gregorio y á un monje llamado Juan Ziga, á quienes consideraban como á sus Aquiles; pero á ambos los confundió con tanta fuerza de razonamiento, que, indignado el pueblo con los errores con que pretendían seducirle, los llenó de injurias y hasta quería apedrearlos.

Nos enseña á este propósito una anécdota de los eutiquianos, que debió cubrirles de vergüenza, y llenó de indignación á todas las personas sensatas.

Después de la muerte del patriarca san Eulogio, vino un prefecto que pertenecía á la secta de los severianos, el cual llevó y dió albergue en su misma casa á catorce escribientes ó copistas, de los más hábiles que pudo encontrar, para que falsificasen los escritos de los santos Padres, y principalmente los de san Cirilo. De modo que, habiendo querido el Santo servirse de uno de estos manuscritos para refutar á los herejes, tuvo el sentimiento de ver que estaba adulterado. Pero bien pronto fué descubierta la impostura, confrontándolo con el ejemplar que se conservaba en la casa del patriarca, y que no había podido ser corrompido, como los demás, por los herejes. Lo exhibió Isidoro, prefecto de la biblioteca, y entónces pudieron conocerse los verdaderos sentimientos de san Cirilo, que pretendían los herejes serles favorable á los ojos del pueblo, merced á las variantes introducidas por ellos en sus escritos.

De este hecho se deduce cuán grande es la malicia de los herejes, y cuán voluntaria y deplorable es su obcecación. Pues ¿qué es lo que pretenden alterando el texto de los santos Padres? Si estos santos doctores habían pensado realmente como ellos, ¿para qué tocar á sus escritos? Bastaba con que los exhibiesen tal como los dieron á luz. Pero si pensaban de distinto modo que ellos, entónces las

variaciones que han introducido maliciosamente en sus obras les acusan ante Dios y en el tribunal de su propia conciencia, y demuestran la impiedad de sus dogmas, que no han podido sostener sino despojándose de su probidad y honor. Hacemos esta observación, porque no es ésta la única ocasión, en que los herejes se han valido de estos medios diabólicos. En todos tiempos han empleado tan mezquinas artes para atacar la verdad. ¿Qué puede, por lo tanto, esperarse de estos hijos primogénitos del demonio sino mentiras é imposturas?

Volvamos á san Anastasio. Viéndose vencidos los herejes, apelaron á algunos obispos de su secta, que había en Egipto, y que creían ser más hábiles que los que hasta entónces les habían ayudado. Pero no les dió mejor resultado este recurso. Los obispos heresiarcas se dirigieron á Alejandría, y se presentaron al prefecto con el fin de sostener una conferencia con Anastasio. En su consecuencia, el gobernador citó al Santo, y le manifestó el propósito de los prelados. Celebróse la reunión; pero el verdadero propósito de estos no era discutir con él, sino acusarle de turbar la paz en la ciudad, en el pueblo, y en sus iglesias. Anastasio no dió importancia á sus exclamaciones, sino que les dijo con dulzura: «Venerables Padres, aún todavía no me conoceis, pues no he tenido con vosotros ninguna conferencia: no conoceis mi doctrina ni mis sentimientos, pues no los habeis oído de mi boca: ¿podéis dudar de esto? — Es verdad, dijeron los obispos. — Pues entónces dispensadme la bondad de oirme, añadió el Santo: porque estoy seguro de que cesarán entónces vuestras acusaciones, y me hareis justicia.»

Después de este exordio pidió papel y una pluma á los notarios que asistían al prefecto, y escribió estas palabras: *Yo Anastasio, monje de la santa montaña de Sinai, confieso que el Verbo de Dios engendrado por el Padre antes de*

todos los siglos, fué crucificado y sepultado, que padeció y resucitó. « No hablaba yo en esta fórmula, dice, ni de la carne que tomó el Verbo, ni de su venida y conversación entre los hombres, ni, en una palabra, de su encarnación, sino sólo de su divinidad, y lo hice expresamente con el designio de obligarles á declarar la impiedad que, como todos los de su secta, ocultaban en el fondo de sus corazones. « Les presenté en seguida el papel, y habiéndolo leído, lo alabaron y manifestaron ser bueno y conforme con la verdad. Pues entónces, les dije, si convenís en que es bueno, sólo resta que lo suscribais, y en este caso estamos de acuerdo, y podremos entendernos fácilmente. Lo suscribieron al punto. Volví á tomar el papel, y dirigiéndome al que pasaba por más ágil y sabio de entre ellos, le dije: Recordad á lo ménos que *Cristo padeció en la carne*, como dice el apóstol san Pedro, y no en su divinidad, pues se caería en la impiedad de Severo, si hubiéseis suscrito el papel que os he presentado en el sentido de que padeció en su divinidad. Por esta razón no he hecho mención en este escrito de todo lo concerniente á la encarnación; pues con esta omisión no me propongo otra cosa, sino obligaros á que manifesteis vuestra impiedad, si os declarais severianos, ó á que entendais mi proposición en el sentido de que el Verbo padeció en su carne, y no en su divinidad, y por consiguiente, que hay en Jesucristo dos naturalezas, como enseña la fé ortodoxa. »

« Al escuchar estas palabras, quedaron atónitos los herejes cual si despertasen de un letargo, y pusieron en juego todos los medios que estaban á su alcance, para que les devolviese la fórmula que habían suscrito; pero todos fueron inútiles. Les respondí que por nada del mundo se lo devolvería; pues quería conservarlo para presen-

tarlo en el día del juicio universal ante Jesucristo »¹.

No se limitaron á esto sus victorias sobre los herejes; sino que continuó combatiéndolos con otros poderosos argumentos, pudiendo decirse que estos herejes tuvieron en él uno de sus más terribles adversarios, que no les dejó descansar, y que les persiguió no sólo durante su vida, sino con los escritos que dejó á su muerte, y que suministraron poderosas armas á los católicos. Nada más sabemos del resto de su vida, ni cuanto tiempo vivió, ni en que año murió; pero en la explicación que hizo del salmo décimo sexto aparece que había nacido bajo el reinado del empe-

¹ Los eutiquianos no admitían en Jesucristo más que una sola naturaleza, que era la divina, en la cual decían que se había confundido y perdido la naturaleza humana, y para explicar como esto había acaecido, se valían de la comparación de una gota de vinagre que se echa en el mar. Como se veían muy embarazados para explicar y defender este error, se dividieron en varias sectas. Las principales que prosperaron en Alejandría, y contra las cuales tuvo que defenderse san Anastasio, fueron la de los severianos, sectarios de un eutiquiano llamado Severo, y la de los teodosianos, que reconocían por jefe á Teodosio. Los severianos, llamados también fantasiastas é incorruptibles, sostenían que Jesucristo había sido incorruptible, temerosos de que, diciendo que era corruptible, se viesen obligados á admitir distinción entre el cuerpo de Jesucristo y el Verbo de Dios, y por consiguiente, dos naturalezas en Jesucristo. Los teodosianos decían, por el contrario, que el cuerpo de Jesucristo era corruptible, pues de otro modo no podría explicarse la pasión. Convenían, por lo tanto, estas dos sectas en no admitir más que una sola naturaleza en Jesucristo; pero discordaban en la manera de explicar la confusión de ambas naturalezas en una sola, así como la realidad de la pasión. Los obispos heresiarcas, contra quienes tuvo que luchar san Anastasio, eran de la secta de los teodosianos. Hé aquí porque, despues de hacerles suscribir la fórmula que les presentó, y que por la comunicación de idiomas puede entenderse en sentido católico, les puso en la necesidad, ó de declararse católicos, tomándola en el sentido ortodoxo que él defendía, ó de confesar que, tomándola en otro sentido, caían en la impiedad de Severo. Esto los deconcertó á tal extremo, que se propusieron arrancar de sus manos la fórmula por ellos suscrita, pero que el Santo conservó como una prueba de convicción y de triunfo contra el error.

rador Mauricio, es decir, á lo más tarde en 602, que fué el último de la vida de este príncipe, y en su *Hodegos* habla de Juán, que fué patriarca de Alejandria por parte de los teodosianos desde 677 hasta 686. Así es que vivió más de setenta, y tal vez ochenta años.

Hablemos ahora de su doctrina espiritual. Este gran Santo se aprovechó de los ricos dones que habia recibido de Dios, no solamente para defender á la Iglesia, sino para edificar á los fieles. No se contentó con garantizarlos del error y confirmarlos en la fé ortodoxa, sino que les dió santas máximas para regular sus costumbres y formentar su piedad, lo cual hizo con ejemplos y exhortaciones muy vivas y elegantes.

No poseemos todas sus obras, pues muchas de ellas han sido víctimas de la injuria de los tiempos, y entre otras tenemos que lamentar *las Vidus de los santos Padres* que habia escrito, es decir, de muchos santos solitarios del monte Sinai y de los desiertos inmediatos, cuya obra nos hubiera conservado grandes ejemplos de virtud, que han quedado sepultados en las tinieblas.

La principal que nos queda es el *Hodegos* ó Guía del verdadero camino. Poco diremos de ella, porque trata sólo del dogma, lo cual no entra en nuestro plan. La primera regla que dá en ella á los que se consagran á combatir á los herejes, es que lleven una vida pura é inocente, con la cual se hagan dignos de recibir las luces del Espíritu Santo, y de ser sus instrumentos para defender la verdad; pues aún cuando la ciencia es necesaria, y no sea lícito comprometerse á disputar con los enemigos de la fé sin estar suficientemente instruidos en las materias de controversia, es indudable que la piedad é inocencia de vida atraen grandes luces y poderosos auxilios para confundir á los herejes y aún para convertirlos, y así es que Dios ha derramado en todo tiempo sus bendiciones

sobre aquellos, á quienes ha llamado á la conversión de las almas, como se vé en santo Domingo, en san Francisco Javier, en san Francisco de Sales, en san Vicente de Paul y en otros innumerables varones apostólicos, que han extendido el reino de Jesucristo tanto con su piedad como con las luces de sus esclarecidos ingenios.

Tenemos además de san Anastasio dos consideraciones acerca del *Hexámeron*, ó la obra de los seis dias de la creación; pero en ellas nada hay que se refiera á nuestro propósito. Es una exposición del texto de Moisés, en un sentido místico y alegórico, sin excluir, no obstante, el sentido literal, ni oponerse á la interpretación de los santos Padres.

Tenemos también un sermón predicado en la dominica quinta de Cuaresma, y que se intitula, la sagrada Comunión. Este sermón contiene excelentes instrucciones. Comienza haciendo un elogio de los salmos de David que se cantan á toda hora en la Iglesia: dice que en estos cánticos nos demuestra el real Profeta, de una parte lo que debemos creer, y de otra lo que debemos practicar: que en ellos nos excita á la templanza, al temor de Dios y á la consideración de la severidad de su justicia: que nos inspira sentimientos de compunción, de penitencia, de paciencia, de dulzura, de castidad, de mortificación, de caridad y de amor de Dios.

Añade que la asiduidad de la oración y el gusto que inspira, así como la lectura de los Libros santos, son como la madre de todas las virtudes: porque es imposible que una persona que se aplique asiduamente y con piedad á este ejercicio, no llegue á conocer verdaderamente á Dios, y á obtener de su bondad los auxilios que necesita su alma. Dice, que si los que quieren adquirir el conocimiento de las artes se aplican á ellas durante muchos años, con mucha más razón los que quieren llegar al conocimiento de